

Dorado Montero (Nuevo Glosario p. 341). La turbulenta Cataluña de la época, cuyos conflictos y contradicciones, como apuntó en otra ocasión Xènius, no se daban tan sólo en las masas, mal podía aceptar ciertas posiciones que D'Ors planteaba sin recato. No parece que pueda hablarse con propiedad de una «filosofía» de D'Ors, pero sus inquietudes alcanzan zonas

que entran de lleno en las ideologías. Tampoco fue un ideólogo. Como Miguel de Unamuno, D'Ors era un agitador de conciencias, algo que siempre se agradece, pero al cabo de un siglo. Xènius se disfrazaba de moralista. Acusaba, ironizaba, enseñaba los dientes, desde un pedestal que era mera arella. D'Ors no lo supo o no quiso saberlo. Pero la historia cultural de Cataluña en este siglo, su vocación decididamente aperturista (algo que parece que se vaya per-

diendo desde mucho antes de la guerra civil), su europeísmo, deben mucho a Eugeni d'Ors. Cuánto le debe todavía no lo sabemos. En 1979, al filo de la nueva década, no disponemos ni siquiera de unas obras completas que D'Ors había planeado en 1950. Treinta años de resentimientos y de deliberada ignorancia de su obra. Todavía hoy D'Ors sigue siendo incómodo, una «excepción», un «caso». Pero su obra permanece. Puede leerse con provecho. La prueba es sencilla. ■

adelantados de la Reinaxença, su medievalismo y afición a las viejas piedras (ni que fuesen paleolíticas), su bucolismo de burgueses bien apegados a la ciudad, su actitud —no se me tome a mal— de investigadores y artistas de domingo como, a que negarlo, su invencible querencia por el «xaronisme» pitarrasco, mal hubieran desembocado en un catalanismo coherente, constructivo y operante. Y casi otro tanto cabe predicar del subsiguiente Modernisme, más abierto a los aires europeos, sin duda, pero hartamente ganado por el otro componente de nuestro carácter que es la «rauxa», como por los puñes bohemios, y aun anarcoides, de sus oficios, más que naturales en quienes mayormente eran jóvenes de buena casa, productos contestatarios del alta burguesía.

He aludido en otra parte a la temprana reacción, se remonta al año 1901, que a semejante estado de cosas denota, en el veinteañero Ors la conferencia «Amiel a Vic», donde a propósito del «Diari» de Francesc Rierola queda ya esbozada la temeraria oratoria de la Santa Continuada, aquella que propugna el dominio de la naturaleza y la apertura a las tensiones y logros de la Europa del tiempo, la alegría de la vida civil y el imperio de la ley armónica, de la inteligencia, la claridad y la mesura. La satisfacción de la obra conseguida con inteligencia y esfuerzo, la vez de la supuestamente dictada por la inspiración. El imperio, en fin, de la ley armónica, de la inteligencia, claridad y la mesura —del «seny»—, hay mejor palabra— frente al folclorismo sensiblero, el carcasonismo arqueológico, el historicismo intocundo y cualquier forma de «rauxa». Norma y unidad, que no dispersen el potenciar, valga por todo, los valores y afanes de nuestro pueblo hasta conseguir una Cataluña civil ejemplar, la Catalunya-Ciutat socialista. Algo así como la Ciudad ideal de los clásicos.

Que Ors y su gente hallasen en Prat de la Riba, y en la Mancomunidad, la plataforma para llevar adelante su empeño, no es el menor de sus logros. Gracias a la misma no fue dado incidir en la sociedad como ningún otro movimiento cultural de nuestra historia (y como, en el resto del mundo, no encuentro un parangón evidente que la Florencia de los Médicis o, acaso, el Nápoles de Alfonso el Magnánimo). Por vez primera, en demasados siglos, escritores, pedagogos y artistas tuvieron conciencia de laborar por la normalización de la cultura y de realizar una literatura y un arte europeos, no ya «regionales» y folklóricos, plena dedicación. La empresa que Prat les convocara cuajó en la normalización de la lengua, libre ya de la anarquía ortográfica, léxica y sintáctica de las etapas precedentes, en la creación del Institut d'Estudis

Un legado por vitalizar

Juan Ramón Masoliver

DE las modas es, en razón de su misma esencia, el mudar de continuo. De la falda hasta los pies a la rodillera, del pantalón de campana al pegado a la carne, y vuelta a empezar. Y no sólo en el vestir, que no en vano es expresión de una forma de entender la vida. Del neorrománico pasamos al neogoticismo, del racionalismo exigente al irracionalismo creador, al bello desorden lírico. Todo pasa, y vuelve al cabo de veinte o más años. Todo, en esta ascendente Cataluña siempre en procura de identidad; menos el Noucentisme y el que fue su definidor máximo: Eugenio d'Ors, el otrora Pantarce de la cultura, el Xènius de la cotidiana lección normativa en orden a su modelo del hombre que trabaja y que juega. A menos que como el molieresco Monsieur Jourdain, estemos hablando en prosa sin saberlo: entendamos, esto es, por catalanismo, por catalanidad, cabalmente aquello que representa el gran logro alcanzado para el país por Ors y sus huestes.

Estos veinticinco años de la muerte de Eugenio d'Ors brindan propicia la ocasión para apurar esos supuestos y acabar de una vez con el viejo, anacrónico, resquemor por la llamada «defección» del Pantarce, una herida —tan dolorosa e injustificada cuanto se quiera— que el maestro infirió a la catalanidad al pasarse con armas y bagajes al castellano. Mejor, al abandonar el catalán, que él mismo propugnara como único vehículo cultural de su gente; sin perjuicio de haber recurrido al castellano, el francés y otras lenguas cuando su acción universal lo requiera. Un agravio de hace bastante más de cincuenta años, lamentable sin duda (no entremos en las causas, reprochables o no, que abocaron al mismo); pero que, desde nuestra perspectiva de hoy, no ha de pesar

tanto que permita seguir silenciando la fecundísima y definitiva acción de Ors y sus entusiastas compañeros de aventura intelectual y ar-

tística, en los veinte años precedentes a aquella marcha.

Va siendo hora de convencernos de que la nostalgia romántica de los

